

A veces uno piensa el país como Pedro Páramo. Observa las sombras de los muertos transitando por la calle, por los caminos. Las historias.

Uno esta ahí, en el andarivel de Cayastá, la vieja Santa Fe, y ve la momia de Hernandarias, ordenadita, junto a su mujer, en el sótano de la iglesia como todo hombre de pro. Pero no se le escapa que ese hombre zarpó, río abajo, Paraná, con cincuenta mancebos para buscar, con una esperanza loca, la Ciudad de los Casares. Esa ciudad que tiene infinitos lugares en el mapa. No sólo en el físico.

Pero ¿quién se detiene en cómo se fue construyendo el mapa del país?

País muy caminado. Ingenieros y rastreadores. Doctores y matronas. Científicos y crotos. Migrantes alucinados. Cautivas como Petronila Pérez que le suministró datos fundamentales al viajero Luis de la Cruz que venía de Chile, del Fuerte Ballenar a Buenos Aires, olfateando el peligro inglés.

Pero también lo caminó Arlt, a quien Homero Manzi encontró una vez en Santiago del Estero, según cuenta Fermín Chávez, tirado en un rancho con cuarenta grados de fiebre. Delirando una nota. Y Macedonio desde la cama, como Onetti. Y Borges, en sueños, pensándolo como Lewis Carroll. O mi amigo Tizón, que anda con un cuadernito con los apuntes que escribió en estos pagos el hermano de Giacomo Puccini, o que siguió las andanzas del Mariscal Tito cuando éste trabajaba de obrero en el ferrocarril de Huaytiquina, ese sueño de Yrigoyen de integración latinoamericana que luego se transformó en el "trecento de la nube". O mi otro amigo, el geógrafo Gualterio, que una vez encontró en un hospicio de la Pampa a un viejo marinero del Acorazado Potemkim. Tantos. Conti, que soñaba con los caminos y la Doble Bragado. Homo viator.

Sí. Fue muy caminado, pero se recuerda poco.

País semidesértico. Vacío. Siempre pensantes de las parabólicas, que lo ataban los puesteros. Una red de solitarios. Como Serviliano, como Hesperidión, como Ramón Farías. Como ese Barragán que

Mi país: historias y caminos

conocí en el río La Leona y que se pasaba nueve meses sin ver a nadie, bloqueado por la nieve. El río La Leona se llama así porque una vez estaba el Perito Moreno, mensurando, y oyó unos pasos a sus espaldas y pensó que era un araucano. Los araucanos tenían esa costumbre de pasarle a uno al ras con el caballo, para probarlo. Conocedor de esto se quedó en el molde, simulando valentía. Pero era una leona. Y el Perito Moreno se tuvo que defender revoleando la brújula. De ahí el nombre del río. Toponimias. Nombres vacíos. ¿Por qué Sarmiento le puso Bellville a Fraile Muerto? La modernidad.

No estoy hablando del país del metro cuadrado, que le gusta tanto a los milicos. Ni el de los límites geográficos. Sino del país de las historias, de las fronteras fantasmales. Porque este país parece vacío. Pero uno se detiene en los salares de la Puna, en las cuchillas de Entre Ríos, en el oeste pampeano, donde una vez vi, en un rancho, la premiére de Cochengo Miranda, de Prelorán, en un territorio de menos de un habitante por cada diez kilómetros cuadrados. O en el río Santa Cruz donde Darwin, por un descuido del traductor, maldijo la Patagonia. O en el norte de Santa Fe, que vaciaron de quebrachales los ingleses de la Forestal. (Después, antes de irse, dinamitaron las fábricas.) O en tantos lugares. Uno se detiene y ve aparecer la gente, las historias. Y no importa si es el indio mapuche que decía: "Las

Por Aníbal Ford

Periodista, escritor, comunicador. Director de la Maestría en Comunicación y Cultura, Universidad Nacional de Buenos Aires. Director de la colección Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y comunicación, de Editorial Norma. Docente de la Maestría en Periodismo de la FPyCS, UNLP, y de la Maestría en Periodismo de la Universidad de San Andrés. Su último libro fue Oxidaciones, Editorial Norma, Buenos Aires.

cosas escritas se pierden. La palabra escuchada queda para siempre". O si es el gringo que salió con la trilladora a todo vapor para enfrentar al malón. "Para mi todo es hermanaje", le dijo el leproso a Rodolfo Walsh en la isla Cerrito, cuando Walsh también buscaba las claves. Litoral.

Por eso hubo un momento, un día de octubre, en que un escritor argentino, ingeniero, boxeador, que hizo la extraña experiencia de dejar la gloria literaria para estudiar los ferrocarriles -Scalabrini Ortiz se llamaba- dijo después de ver la Plaza: "era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación pueda concebir. Los rastros de sus orígenes se traslucían en su fisonomía. El descendiente de meridionales europeos iba junto al rubio de trazos nórdicos, y al trigüeño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún".

Si, país mesturao. Pero no sólo de etnias sino de costumbres, de creencias, de historias, de formas y habilidades del trabajo, de instituciones, de riquezas y pobreza diferentes. De distancias. Desconectado hoy. O sólo atado por las antenas parabólicas que llevan los simulacros de la vida y la TV que se cocinan de la General Paz para adentro. "Vos sabés qué es gurisa, cimarrón, ahijuna, pero no sabés qué es explotación y latifundio", le decía Mordisquito, Discepolín, a los porteños. Historias. De Casa tomada a Giol. ¿Hermanaje o cada vez más barreras y fronteras internas, más olvido?

Hace poco me hicieron una entrevista por radio y mencioné, el NOA. El entrevistador me preguntó qué era el NOA, no porque no lo supiera, sino porque sabía que esa sigla ya no significaba nada para mucha gente que nos estaba escuchando. Datos que en este país de la desregulación salvaje, y no de la descentralización federal, van a ser cada vez más frecuentes. De la misma manera que ya muchos no reconocen que el relato de Walsh "Esa Mujer" se refiere a Eva Perón, muchos olvidaron que este país (¿país?) fue pensado como un conjunto, no importa si arbitrario o no. Que nos tocaron, también de

manera arbitraria, muchas historias comunes, que están en los subsuelos de la memoria. Que fue pensado federal, copiando la letra, sólo la letra de otras constituciones. ¿Qué es hoy el interior? ¿Qué es la Capital Federal? ¿Qué es el Gran Buenos Aires? Vuelvo. Qué significa Ministerio del Interior, que la Capital Federal.

Aclaro: yo soy porteño. Me crié en Palermo, Flores, Balvanera. De grande yiré por varios barrios. Hoy vivo en Colegiales. La Calabria, le decían. A mi derecha, por Lacroze, está la Chacarita. Sé que, pasando los vendedores, muchos morochos que sobreviven con las chucherías del sudeste asiático, como en toda Latinoamérica, o con la ropa de Brasil, o cruzando Corrientes, están los floristas y el enorme portón de uno de los cementerios más "multiculturales" del universo. Un cementerio Benetton. Bóvedas turcas, románicas, bizantinas, art nouveau, italianas, orientales, africanas, tibetanas, góticas... Yo la recorrí de chico, porque una hermana mía había muerto tres años antes de que yo naciera, y me quedaron grabadas las estatuas de Jorge Newery, el cajetilla que lo calzó de cross al compadre, que intentó la industria nacional y que se estrelló en su avión de papel tratando de cruzar los Andes; la madre María, curadora de pobres, desesperados y migrantes internos; o la de Gardel con ese pucho que alguien se encarga de que se mantenga prendido entre los dedos de bronce. De grande la recorrí buscando otras cosas como ese lugar perdido donde est Betinotti, que inventó, como diría Manzi, la canción de Buenos Aires, junto a la Paquita Bernardo, la primera mujer que se animó a sostener un fuelle con las gambas en público y que murió de tisis a los 25 años. Tenía su propia orquesta. Ahí tocó Pugliese. Existía ya hace tiempo, en Buenos Aires, el conventillo de las 14 Provincias. Chazarreta había traído algunas músicas no pampeanas al escenario porteño. Pero no había comenzado todavía el "aluvión zoológico" de Sanmartino. Eso es por el 35, cuando Gatica se baja del

tren. El new order de Roca y Runciman quebró las provincias e hizo que la gente se viniera para el puerto. Fue entonces cuando los pajueranos se convirtieron en los cabecitas negras.

Estoy en el Lácar y subo la cuesta para visitar a una familia indígena. Su apellido es el mismo del de la familia que le dio los datos a Perón para su diccionario mapuche-español. Cuando llegué, estaban en medio de un velorio. No quiero interrumpir, pero me hacen entrar y me tratan como un pariente. Me cuentan su dolor de manera contenida. No es la muerte que conocí en otros lados y circunstancias. Tampoco la de la Chacarita. A los ferrocarriles los denominaron Mitre, Sarmiento y Roca.

Una vez, -¿dónde? ¿en La Reforma?- me encontré con un viejo asturiano que no hizo más que hablarme de la Avenida de Mayo en 1920. Cuando cada cincuenta metros había un boliche o un centro español diferente. Estallaba la noche. Cuando le pregunté por qué había ido a parar allí, se enojó. Carajo, en algún lugar del mundo uno tiene que estar, me dijo.

En cada tipo que se encanuta en un lugar hay una historia. No siempre indagable. Corre conejo. "Pero el viajero que huye tarde o temprano detiene su andar", cantaba Carlitos. En las letras de Le Pera. Según Jorge Rivera, al Mudo no se le escapó ninguna de las transformaciones de la industria cultural, de las nuevas tecnologías. El mapuche, el asturiano ¿se sentirán menos solos con las parabólicas?, ¿es posible escaparse?

Entonces vuelvo. Buenos Aires.

Buenos Aires. La puta, también es el interior, una provincia. O un conjunto de provincias. De barrios. De fragmentos. No sé por qué el cuerpo tal vez me lleva para atrás.

Puedo llevar a mi hija adolescente a una discoteca que luce complejas escenografías en Urquiza o en la costanera. O a mi hijo menor a canchitas consruídas o escuelas de fútbol. O recordar los paseos

con los mayores por los Palermos, museos, Corrales, puertos, los riachuelos y ferias de Pompeya - los pájaros, siempre los pájaros- buscando explicarles Buenos Aires. Siempre buscando Buenos Aires. Mi primera salida con Nora fue una caminata por Barracas. Por ahí se paseaba Piedrabuena de viejo, cuando ya sólo era un recuerdo el cartelito que había puesto en el Cabo de Buena Esperanza ("Aquí termina la República Argentina") o la fábrica en la Isla de los Estados o los naufragios.

Pero no dejo de estar sentado en el mármol de la tienda La Perla, que un día se derrumbó en la esquina de Larrea y Rivadavia, conversando, adolescente, a las tres de la mañana con Ricardo, que ya se las plante, sobre los profundos misterios de la vida. Ni dejo de colgarme del tranvía dos, en aquellos días en que Victoria se transformó en Yrigoyen, para ir a romper faroles a la costanera Sur, cuando no existía el parque ecológico, pero sí los juegos y la Munich y uno lo miraba, lo miraba a Viale intentan-



Grabando al cantor del oeste pampeano Tuta Cuello durante la fiesta que se realizó en el puesto "El Boitano", cuando se estrenó Cochengo Miranda, de Jorge Prelorán.

do tirar el salvavidas e imaginaba el vapor de la carrera como una aventura. (Pienso ese otro país, el del Río de la Plata, que compartimos, y ya estoy caminado por Montevideo o soñando con Felisberto)

Ni dejo de comer empanadas en la Recova del Once después de haber visto tres películas en el cine homónimo. Poco antes de comenzar a ir al centro, de dar el salto, para ver casi en cinemascopio el culo de Blanquita Amaro en Mambo o a Castillo cantarle Ninguna a Elvira Ríos. Elvira Ríos cantó boleros en la noche de esos años e hizo de india mala en La diligencia de John Ford.

Poco antes había muerto mi viejo. Con él vi, en la Plaza de Mayo, por primera vez a Perón un 17 de agosto de 1944. Después volvería muchas veces a esa plaza. Para putearlo a Onganía. Para hacer lo mismo con López Rega. Para tantas cosas, cuando ahí se juntaba todo el país. Pero esa plaza hoy está casi callada. Como también la del Once donde no pudimos festejar el primero de mayo de 1969. Cuando peleábamos por un país, donde todavía había hermanaje. Donde hablar de Tucumán o de Zapla no era un exotismo. Ni sólo una especulación electoral.

¿Es Buenos Aires un recuerdo? ¿O siempre me estoy bamboleando en el mismo subte? Sentado a las tres de la mañana en la misma plaza. Mirando o siendo mirado por los mismos vecinos de la cuadra. Volviendo, bajo la garúa, la misma madrugada solo y triste por la acera, como diría Cadícamo. O más allá, perdiéndome en las mismas madrugadas, pero no de vuelta sino para laburar, de Valentín Alsina. Observando, desde la fábrica donde comprendí que el habilidoso de Bialet Massé se había continuado entre los fierros sofisticados, el mismo desarmadero de José León Suárez, o transitando con la pick up los mismos depósitos de cuando había industrias.

Ahora estoy, setiembre de 1993, en plena puna, en el camino a Chile que va por el paso de Jama. Más de cuatro mil metros de altura y un frío de la gran pu-

ta. Contra el parabrisas del viejo Falcon chicotean los copos de nieve. El agua se congela. Cruzamos el salar. Nos cruzan siete Toyotas que van derecho de Chile al Paraguay. En medio del desierto, en esa cinta por momento de ripio, por momentos de asfalto, que trata de conectar, viejo sueño, la Argentina con el Pacífico. Pasamos un boliche de adobe que dice Copetín al Paso. Abajo: Tome Pepsi. Al volver nos detienen. Se arremolinan unas coyas jóvenes que atienden el almacén, con sus hijos colgados en las espaldas, y les pido una ginebra para el frío. Se ríen. No tenemos, me dicen. Que tenés. Veo al costado unos cajones con un vino blanco desconocido. Me dice: sólo licor de café al cognac. Quedo desconcertado. Más cuando las hojas de coca que me ofrecen, para la altura, ya están viejas. Vuelvo al camino y Enrique comenta: Tendría que haberle pedido Pechito colorado, el alcohol de 98. Es cierto en esa tierra, donde la temperatura baja casi 25 grados, no hay otra cosa para calentarse que un ponche de leche de cabra bien cargado con alcohol puro.

¿Cómo nos vamos a sacar el frío?

Enrique, tal vez para disimular que se congelaron los caños de la calefacción, pone un casete de un disk jockey jujeño que guardó en su selección Dieciséis toneladas y No puedo darte más que amor, baby. Y no puedo apartar de mi mente aquella película de James Cagney donde él susurraba jodón esta canción mientras el avión caía en tirabuzón. La habrá, visto en el Once o en el Alba. Y de pronto, sobre todo cuando miro, mientras suena la música, el tablero de museo, plateado y adornado, del viejo Falcon y más lejos el desierto, siento que ya no estoy en la puna sino en un road movie. Debería estar escuchando algún desplante coplero: He mandado que me entierren, sentado cuando me muera, para que la gente diga, se murió pero la espera. Pero mientras cruzamos la extensión blanca y desértica de la salina suena: I can't give you anything but love, baby. Entonces estoy de nuevo en la Recova del Once. Qué empanadas.

Sin embargo no hay cine ni TV para esa mujer que me pide hablar en la clase sobre la situación de la gente en Sierra Grande. Yo vi el lugar cuando era pura estepa. Después cuando era una dura ciudad de hombres solos. Ahora la mujer habla de hijos, de familias que se asentaron, que inventaron una ciudad en el desierto y que han quedado a la deriva. Mientras hablaba, se me apareció un cuadernito escolar, escrito a lápiz, que una alumna, Adriana, me había alcanzado meses antes. Era el manuscrito de un obrero de Hipasan dónde este narraba su experiencia, sus años de trabajo en la elaboración del hierro. El relato comenzaba con la descripción de un alerta roja en Sierra Grande, durante la guerra de las Malvinas. El pueblo a oscuras, expectante. Las radios silenciadas. Los rezos ante el temor del ataque. Y ahí decía con orgullo el narrador: "pero no apagamos ninguno de los tres hornos de los cuatro que tenemos, seguimos a oscuras trabajando durante toda la noche, rogando...". Y lo marcaba como un signo de resistencia. De nacionalidad. Ese sentido del país, nada metafísico, que tienen aquellos que lo van haciendo con sus manos.

Ahora la señora habla de los chicos, de la alimentación, de cómo persistir en ese pueblo que inventaron viniendo de otras provincias, a veces muy lejanas. Pasa una alcancía. Pero el New Order no entiende de estas cosas. Ni de otras historias semejantes que se dan en nuestro país. A veces extrañas. En San Nicolás se pidieron 3000 autorizaciones para quioscos. Indemnizaciones. Retiros voluntarios. Quioscos y taxis.

País de idas y vueltas. De migraciones. De provincias enteras en el ex cinturón industrial. Cuarteteras, tropicales o bailanteras. De culturas detenidas en el tiempo. Los que recuerdan el norte en el Chenque, contra le viento y el frío, de Comodoro Rivadavia.

O esa pista que vi no hace mucho en el Club Huracán de Trelew, cuando todavía vivía Cilano, el soberano del valle. Fijas las parejas en el tiempo. Bai-

lando el tango o los pasodobles con todo el misticismo y la concentración de las pistas del cuarenta o el cincuenta.

Una vez me desperté en el puesto que está frente a la caleta Valdés, mientras la radio tronaba con la orquesta característica de Enrique Rodríguez: Fueron horas que no olvidar, las que viví, en Budapest... ¿Qué músicas se cruzaron en este país? La mazurca grabada en el desierto pampeano, con una guitarrita, no la soñé. Ni tampoco el temple del diablo. Ni la chacarera trunca. Que tiene su filosofía. Aún no descifrada del todo, a pesar de que este es el país de lo trunco.

Entre los videos que me pasa Piglia, de la checoslovaca, hay uno que me impresiona. El del Cuchi Leguizamón explicando su música. Se me cruzan momentos de la adolescencia escuchando junto a Horacio Salgán, a Edgar Varesse y Schoenberg. O leyendo Poesía Buenos Aires. Odiábamos a Biaggi y al suplemento de La Nación. Veíamos con estupor el paso de Benny Goodman a Stan Quen-



Ford trabajó sobre la historia del movimiento obrero pero también sobre las herramientas que se utilizaron en el país. Aquí con un viejo tractor en Gregores.

ton y Thenolius Monk. O los arreglos de Piazzolla. ¿Debilitaron a Troilo? Pero el Cuchi cruza Schomberg para cantarle a la pastorcita tastileña. A la Barbosa yo las conocí en la Quebrada de Tastil, cerro arriba. Vivían solas, sin hombres.

Carlos y Pichón reman. Cruzamos los Bajos del Temor, que es cuando cambia apenas la altura del río, tierra de equívocos, de orillas y fronteras imprecisas. Desde el Canal del diablo se ve Buenos Aires como una franja gris. Y arriba una larga nubecita también gris, como la vio Haroldo, o el Boga cuyos pasos estoy siguiendo. Pienso el Paraná para arriba. O el Uruguay. Yacyretá o las fábricas de aceite abandonadas. Quiroga corriendo con su moto por la tierra colorada. Borges soñando con Río Grande do Sul. O el desarrollo del gauchismo en esos pagos del Brasil.

¿Existen las fronteras? Latinoamérica.

Entonces me voy. Estoy en Lihuel Calel con Seriviliano, el gomero de la estación, el geógrafo Gualterio. Alguien entona El desertor, de Luis Acosta García. Payador anarquista. Se menta Cantor del



Con sus amigos Héctor Tizón y Ricardo Piglia en Abra Pampa.

sur de Atahualpa. "Anduvo de pago en pago y en ninguno se quedó." Destino argentino. Y aquí ¡ vaya a saber por qué recuerdo, personal, que en una vieja novela que pensé que era de vanguardia y terminó en un circo transhumante, identifiqué, a mi país con el valsecito Loca de amor. Una historia que, sin conocer el valsecito, me contó en Algarrobo del Aguila el polaco Olesiuk, que había venido de chico en barco, con su mamita. La historia de una cuñada que andaba por los campos a la noche, enloquecida con sus amores. Vagando por esa tierra donde se solían cavar a pico de pala pozos de más de cien metros de profundidad.

Sólo para obtener agua.



En el puesto de Ramón Farías, en el oeste pampeano.



Sobre los rápidos de Atuel cuando trabajaba en el conflicto por las aguas entre Mendoza y La Pampa.



Actualmente en el Faro del Fin de Mundo (Isla de los Estados) sobre cuya historia está escribiendo un libro.



Con Haroldo Conti durante el viaje que dio motivo al texto "Haroldo y las aletas del tiburón".



Con el geógrafo Walter Cazenave después de haber sobrevolado el Chadileuvú y de sacar una de las primeras fotos de la conexión del Curacó y el Colorado.